

ciadas, y trabajad sin descanso, silenciosos é incesantemente, como los insectos de la isla Santa Elena, agrandad los invisibles «túneles» en el edificio militar, difundiendo con igual admirable constancia el espíritu revolucionario en vuestro cuartel, hasta tanto esté todo saturado.

No penséis nunca que hacéis obra insuficiente é inútil. Reflexionad, cuando el cansancio os induzca á desistir de vuestra propaganda activa, sobre el ejemplo de la isla destruída por el pequeñísimo insecto.

Tened presente en vuestro pensamiento que otros miles y miles trabajan como vos, dentro y fuera del cuartel, con unidad de intención, y que si el militarismo conserva aún externamente su apariencia de solidez, ya buena parte del tenebroso edificio está en las bases irremediabilmente corroido.

Sois vosotros, compañeros, que en las filas mismas del ejército podéis cumplir el mayor trabajo de disgregación.

Animad á los jóvenes que nada saben del movimiento obrero, que en las aldeas esparcidas entre las montañas

y las llanuras, nunca tuvieron oportunidad de formarse siquiera una idea rudimentaria del anarquismo.

Aprovecháos de la única ventaja que nos da el reclutamiento que pone á estos jóvenes en contacto vuestro, haced de ellos entusiastas antimilitaristas, los cuales sabrán á su vez despararrar, á la vuelta á su pueblo, las ideas emancipadoras.

Cada mente ganada para nuestra causa es un pedazo de edificio que se derrumba. Con la palabra y con las publicaciones revolucionarias, astutamente introducidas en el cuartel, haced de modo de conquistar á muchos.

Poco por vez, año por año, los antimilitaristas así aumentarán, hasta que las invisibles galerías cavadas en el edificio militarista serán innumerables, y entonces, improvisadamente un día, como la casa invadida por las polillas, que, sin embargo, conserva hasta lo último su aspecto de solidez, caerá ruidosamente sepultando bajo sus escombros un alto cúmulo de privilegios é infamias.

JANNY DAL REV

Tribuna para los Trabajadores¹

Diálogo entre un Cristiano sincero y un Racionalista

(A la salida de una Iglesia después de asistir á una misa).

CRISTIANO.—¿Por qué, amigo Icaria, al levantar la hostia permaneciste en pie sin hincarte? Esto ha sido poca cortesía á las creencias ajenas.

RACIONALISTA.—Dispénsame, querido Teófilo; pero yo entiendo que en algunas ocasiones importa sacrificar la cortesía á las convicciones.

(1) Los oscuros trabajadores que empapan durante el día los surcos del trabajo, de noche á veces, bajo los besos de la luna, sienten las ansias de cristalizar también sus pensamientos.

Para ellos es esta tribuna, en la cual no se levantarán las voces afinadas de la más alta cultura. En ella apenas ha de fulgurar el verbo de la sinceridad.

C.—No sé qué razón pueda haber que te impida adorar á Dios.

R.—¿Y tú crees, de verdad, que en la tal hostia está Dios?

C.—El Concilio de Trento decretó como artículo de fe que las especies de pan y vino mediante la eficacia de la consagración se convertían en el mismo cuerpo y sangre de Jesucristo.

R.—De modo que entonces, hay que creer que los sacerdotes y los fieles se comen á su propio Dios. ¡Qué barbaridad!

C.—Hombre, no había nunca recapitado en esto. Efectivamente, re-

sulta q
so que
hasta d
pofagia

R.—
rar mi
rar un
ducta
moral
me arr
cortesí

C.—
R.—

do no
días d
todo, r
cuando
sieron
razón,
patrañ
de las

C.—
y con
me los
nos dí
el seg
que lo
tente

C.—
nas de

R.—
demás

C.—
milag

R.—
na ve

gro,
para

otra

del re
cubilo

dirían
demo

de u

dente

cindi

most

C.—
sante
R.—
ra A
creer
M.